

Ruperto

y las vacaciones *siniestras*

Roy Berocay

Ilustraciones de Daniel Soulier

loqueleg

CAPÍTULO I

SINIESTRO, EL REGRESO

En un lugar muy pero muy secreto y oculto, que quedaba en Avenida de los Pinos Torcidos 1234 esquina General Gómez, resonaba una risa.

—¡Jua, jua, jua!

La risa retumbaba en las paredes, caía al piso, se metía por la chimenea y saltaba hacia el bosque, donde asustaba a los pájaros. Era, al parecer, una risa que podía hacer de todo.

—¡Jua, jua, jua!

El que reía de esa manera siniestra era alguien muy malvado, claro, el malo más malo de los malos, el socio número 001 del Club del Mal, que fue elegido Malo del Mes en octubre de 1987.

Muchos se preguntarán por qué reía así ese execrable sujeto. Otros no se preguntarán nada porque estarán ocupados estudiando algo o haciendo mandados. Pero, como sea, el oscuro personaje seguía riéndose de manera lunática.

Y, como ya vimos, su risa podía hacer muchas cosas. Una de las cosas que hacía la risa era no dejar dormir a Vladimiro el vampiro, temible mordedor de vacas y otros bichos que andan sueltos por ahí, en la vuelcita. Es más, esa risa lo tenía podrido a Vladimiro, que rima y suena medio así como a poesía, pero era verdad.

Vladimiro lo había intentado todo. Se había tapado las orejas con bolitas de algodón, había puesto música bien fuerte en el equipo de audio, se había colocado también unas orejeras de esas que usan los obreros cuando están perforando cemento en la calle... y nada. La risa seguía como un eco en su cerebro casi vacío.

Al final, Vladimiro no aguantó más y decidió *agarrar el toro por los cuernos*. No, no es que hubiera un toro en el lugar. Un toro rompería todo, ¿no? Es una expresión que quiere decir que iba a enfrentar su problema de una vez. Igual es una expresión bastante boba, porque si alguien, para solucionar su problema, agarra un toro por los cuernos, lo más probable es que tenga más problemas que antes y termine todo machucado en un hospital.

Pero Vladimiro decidió acercarse a la fuente de la risa, al origen mismo de esa cosa que nos tiene estirando este comienzo desde el comienzo.

Avanzó unos pasos y entró en el otro cuarto, el cuarto ultrasecreto, el lugar donde se hacía toda clase de experimentos terribles, como ponerle dulce de leche a un churrasco o pintar mariposas con crayolas grises.

Vladimiro entró sin golpear, porque la puerta estaba abierta.

—¡Jua, jua, jua!

El señor Siniestro estaba de espaldas, meta escribir algo en unos papeles que tenía sobre su mesa de trabajo. Movía la cabeza de arriba abajo, de arriba abajo y de nuevo, dale con la risa.

—Jefe —se animó a decir, bajito, Vladimiro.

Pero nada, el señor Siniestro seguía riendo.

—¡Jefe! —gritó esta vez Vladimiro.

—¿Eh?

El señor Siniestro se dio vuelta y lo miró.

—¡Hola, Vladimiro! ¿Qué tal dormiste, eh?

—No pude dormir, don Siniestro. Su risa no me dejó pegar un ojo.

—Bueno, bueno, Vladimiro. Yo cuando no puedo pegar un ojo le pongo más pegamento. Si no, le meto un poco de cinta pato al ojo. ¡Qué gran invento la cinta pato, Vladimiro! Sirve para todo.

—Quiero decir que no pude dormir... Usted pasó toda la noche riéndose.

—¡Ah! Mi risa, Vladimiro, es porque finalmente tengo un nuevo plan. ¡Un plan tremendo, único, genial, a prueba de fallos!

Siniestro se paró y se puso a caminar por la habitación con unas hojas de papel en la mano.

—¿Y para qué es el plan? —se animó a preguntar Vladimiro.

—¿Para qué? ¿Para qué? ¿Acaso acabas de preguntar para qué es mi plan? —Siniestro acercó su cara de loco a la de Vladimiro, que dio un paso para atrás.

—Sí, le pregunté todo eso.

—Ah, me parecía.

Siniestro se dio vuelta y se acercó a una pared en la que había un gran mapa.

—¿Lo ves, Vladimiro? ¿Qué es esto? —preguntó, señalando.

—¿Un mapa?

—¡Exacto, mi amigo de cerebro discontinuado, exacto! ¿Y de qué es el mapa?

—¿Cartulina?

—¡No, cabeza de mosquito picando a un elefante en una nalga, no! Es el mapa del mundo, ¿no lo ves?

Vladimiro dijo que sí, aunque no conocía el mundo.

—¿Y qué cosa hicieron siempre los científicos locos y malvados de todos los tiempos con el mundo?

Vladimiro pensaba y pensaba. Era una pregunta difícil. Siniestro lo agarró por las orejas y lo levantó como si fuese un conejo.

—¡Conquistar el mundo, Vladimiro! Dominar la tierra, ser el jefe, el gran capo, el número uno, el capitán del cuadro, el cantante de la banda, el líder... —cuarenta y tres ejemplos después, Siniestro terminó la frase—. ¿Entendiste? —Siniestro preguntó y dejó a Vladimiro en el suelo.

—Sí.

—Pero ahora te hago otra pregunta. Esta vez pensá bien. ¿Quién se opone siempre a todos mis planes, quién los arruina, quién es mi enemigo más enemistoso?

—Esa la sé, don Siniestro. Es... es...

Algo en el cerebro de Vladimiro se movió como un engranaje oxidado.

—Te doy una pista: es verde.

—¿Linterna Verde?

—No. Te doy otra pista: viste una gabardina amarilla y sombrero.

El cerebro de Vladimiro trabajaba a toda máquina acomodando las pistas: verde... gabardina... sombrero...

Entonces, como la luz de una locomotora que se acerca al final de un largo túnel, Vladimiro vio una imagen.

—¡Lo tengo, lo tengo don Siniestro! Es el sapo ese, el que siempre nos embroma, ese con nombre que empieza con erre. ¡El sapo Roberto!

Siniestro dejó sus papeles en la mesa, agarró un gato y comenzó a acariciarlo. Los científicos locos siempre acarician gatos. Debe de ser porque acariciar puercoespines es más doloroso.

—Estuviste cerca, Vladimiro, bastante cerca. Es el sapo Ruperto. ¡Ruperto! Ese batracio meterete, mequetrefe, mediocre, metido, melancólico, miedoso y otras palabras con eme.

Vladimiro igual no entendía ¿Qué tenía que ver el mapa del mundo con el sapo detective más famoso del arroyo Solís Chico? Entonces lo preguntó.

—¿De verdad no entendés? Es muy fácil, Vladimiro: para conquistar el mundo hay que eliminar al que siempre se mete en mi camino, al que me arruina los planes. Y hablando de planes, por eso reía. Es que tengo un nuevo y genial plan para terminar de una vez y para siempre con ese sapo.

—¿Un buen garrotazo?

—No.

—¿Un terrible misil Tierra-sapo?

—No.

—¿Le va a pasar por arriba con una apla-
nadora?

—Esa no es una mala idea, pero no.

—Me doy por vencido.

—¿Te acordás de que el otro día lo estuviste
espiando y me contaste algo que le dijo la novia?

—¿Que olía muy mal?

—No, lo otro.

—¿Que hace como un mes no se cambia
los calzones?

—No, Vladimiro. Lo otro que me dijiste
que le dijo ella, la rana esa, Tamara o como se
llame. ¿No te acordás?

Vladimiro no se acordaba.

—Mirá —dijo Siniestro y le entregó unos
pequeños folletos en colores. Eran diminutos,
como para el tamaño de... ¡un sapo!

—¿Y esto qué es?

—¡Exacto, Vladimiro! Eso va a decir ese
sapo cuando los vea. Pero más que nada lo va a
decir su novia y ella lo va a llevar directamente a
donde queremos.

—¿La China?

—No, Vladimiro, ya vas a ver. Esta vez ese sapo no se va a escapar. ¡Soy tan feliz! —dijo Siniestro y para festejar revoleó al gato por la cola, lo hizo dar varias vueltas, cada vez más rápido, y luego lo soltó.

El pobre animalito salió disparado por la ventana, se dio contra un árbol, cayó y se alejó corriendo hacia el bosque.

—¡Esta es la historia del fin del sapo Ruperto! —exclamó Siniestro a todo pulmón.

—¿El sapo Ruperto tiene un delfín?

—Del fin, dije *del fin*, no *delfín*, que es un mamífero insoportable que hace iiiiii, iiiiii con una voz finita. ¡Vos sí que sos el resultado de una semilla de nabo plantada en tierra sin regar!

Vladimiro no entendió. Siniestro suspiró fastidiado. Buscó en su bolsillo y con disimulo dejó caer una moneda al piso.

—Mirá, Vladimiro: ¡una moneda! —señaló.

Vladimiro se inclinó a levantarla.

La patada que le dio Siniestro en la parte del cuerpo justo abajo de la cintura lo lanzó a través de la misma ventana por la que antes había salido el gato. Pero Vladimiro no cayó. Extendió sus alas y salió volando. Se elevó hasta detenerse en la copa de un árbol.

Allá abajo, dentro del laboratorio, volvió a retumbar esa risa siniestra y loca del loco Siniestro.

No muy lejos de allí, a unos mil trescientos cuarenta y cinco metros y doscientos quince centímetros de distancia, con tres milímetros, estaba su gran enemigo. Bueno, pequeño en tamaño, pero grande en enemistad.

Y ese ser de gabardina y sombrero no sabía que estaba por comenzar otra de sus aventuras, ni que esta podía ser la última.